

ALDEA
LITERARIA

El
chico
del río

TIM BOWLER



**ALDEA
LITERARIA**

**El
chico** del río
TIM BOWLER

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Valeria Castelló-Joubert

Corrector: Mariano Sanz

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Laura Barrios

Imagen de tapa: Thinkstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Bowler, Tim

El chico del río. - 2a ed. - Boulogne : Cántaro, 2013.
160 p. ; 20x14 cm. - (Aldea literaria)

Traducido por: Valeria Castello Joubert
ISBN 978-950-753-383-9

1. Narrativa. 2. Novela. I. Castello Joubert, Valeria, trad.
CDD 863

Título original: *River Boy*

© Tim Bowler 1997

This translation of RIVER BOY, originally published in English in 1997,
published by arrangement with Oxford University Press.

Esta traducción de RIVER BOY, originalmente publicada en inglés en 1997,
se realiza en acuerdo con Oxford University Press.

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2013

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / *Printed in Argentina*

ISBN 978-950-753-383-9

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Segunda edición.

Esta obra se terminó de imprimir en noviembre de 2013, en los talleres de Elías Porter y Cía S.R.L., Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

**El
chico** del río
TIM BOWLER

“Todos los ríos van hacia el mar, y el mar no se llena; al lugar donde los ríos fluyen, allí vuelven a fluir”. (Eclesiastés 1:7)

No comenzaba con el chico del río. Comenzaba, como comenzaban la mayoría de las cosas, con Abu y con la natación. Fue solo después, en el momento en que se puso a pensar en las cosas que habían pasado, cuando se dio cuenta de que de una extraña manera el chico del río había sido siempre parte de ella, como la imagen de un sueño.

Y el sueño era su vida.

Nueve y media de la mañana y la pileta ya estaba repleta. Era la desventaja de las vacaciones de verano, especialmente de los veranos calurosos como aquel, pero sabía que no debía gruñir: estaba en la pileta desde las seis y treinta, junto con la habitual banda de nadadores serios, y había logrado hacer casi siete kilómetros y medio en paz, sin interrupción.

Pero igual se quejaba; la mera presencia de toda esa gente agitándose en masa le daba ganas de gritar de frustración. Aún no estaba lista para detenerse, al menos no por un largo rato. Le quedaba energía y quería gastarla.

Se quedó en su andarivel y con perseverancia hizo un largo tras otro, tratando de ignorar las zambullidas de los demás nadadores. A veces pensaba que si se obligaba a sí misma a seguir nadando ida y vuelta sin detenerse ni dar un bandazo, los otros bañistas parecían, gracias a una

telepatía colectiva, aceptar que ese espacio era de ella y dejárselo. Pero este método hoy no funcionaba: parecían multitudes saltando en la pileta. Un cuarto de hora más y habría sido insoportable.

Se concentró en su estilo y se dejó ir, respirando al ritmo acompasado de las brazadas, como las campanadas de un reloj. Como necesitaba oxígeno, su boca se deslizó hacia la superficie y tomó su vida del aire, luego se sumergió de nuevo y exhaló lenta, regularmente, y las burbujas jugueteaban en sus labios como pececitos.

Le encantaba este ritmo; lo necesitaba. Le permitía seguir sus pensamientos cuando ellos comenzaban a divagar. A veces, cuando las cosas marchaban bien, se sentía segura de sí misma y tenía algo agradable en qué pensar, se mostraba feliz dejándolos divagar; pero si estaba cansada o vulnerable, o preocupándose otra vez por Abu, se concentraba en este ritmo que la calmaba, aun cuando no estuviera nadando.

Pero estaba siempre nadando. Necesitaba nadar. Verse privada de la natación habría sido un tipo perverso de ahogo. Amaba la sensación de poder y velocidad, el sentimiento de brillar en un lecho de espuma, y también el extraño aislamiento de la mente en ese capullo acuoso. La natación de larga distancia tenía tanto que ver con la voluntad como con la técnica, y sabía que era muy buena en ambas. Todo lo que necesitaba ahora, para mostrar su voluntad, era un gran desafío, algo que le permitiera ponerse a prueba. Algo de lo que pudiera estar orgullosa algún día.

Oyó la voz de su abuelo que la llamaba.

—¡Vamos, Jess!

Le echó una mirada cuando pasó delante de él, y sonrió para sí. Sabía lo que significaba “vamos”. Querido abuelo: hacía apenas veinte minutos que estaba ahí y ya se aburría. A esta altura debería saber que podía engañar a cualquiera, menos a ella. Sus tiempos de concentración habían sido siempre cortos, salvo mientras pintaba, y su enojo era aún más corto. Pero por alguna razón siempre le gustaba venir y mirarla nadar.

Llegó al otro extremo de la pileta, giró y tomó envión en la pared; entonces miró de nuevo al abuelo. Daba vueltas alrededor de la parte baja de la pileta, mirando a unos niños. Estaba lista para irse, pero tal vez podía apurar un par de brazadas más para terminar. Se sumergió en su dirección, sintiéndose por alguna razón algo preocupada. Los niños en la parte baja le bloqueaban el camino, pero se abrió paso al acercarse y se deslizó entre ellos, preguntándose si debía parar.

Abu la llamaba otra vez.

—Está todo bien. ¡Vamos, Jess!

Dio una patada en la pared y encaró de nuevo la pileta, desesperadamente incómoda.

Algo andaba mal y no podía saber qué. Sus palabras le rebotaban en la cabeza: está todo bien, está todo bien. Y sin embargo había algo en la misma contrariedad del abuelo que le decía que intentaba escaparse. Era tan cabeza dura y tan irritable que siempre iba a decir que todo estaba bien.

Especialmente cuando estaba todo mal.

Suspendió su última brazada y se detuvo, caminó en el agua y buscó al abuelo. Ahí estaba, de pie junto a la parte baja de la pileta, mirando a los niños. Se lo veía bien, nada distinto de antes. Solamente aburrido. Acaso ella se estuviera imaginando todo. La vio y levantó la mano para saludarla.

Luego, para su horror, se la llevó al corazón y se desmoronó en la pileta.

El hospital logró que se quedara tres días. Se suponía que debía permanecer mucho más tiempo, pero tratándose del abuelo, tan pronto como decidió que se sentía mejor, llamó un taxi y, para consternación de médicos, enfermeras y del propio conductor, que protestaba porque estaba convencido de que su auto iba a convertirse en un coche fúnebre, se dio el alta a sí mismo. Según informó el exasperado paciente, la familia se iba de vacaciones el 20 de agosto, y como ya era 19, necesitaba regresar a su hogar para hacer las valijas.